

Introducción

La filosofía surge en el mundo griego, que era el mundo de la *polis*. La cultura griega era una cultura eminentemente política: la *polis* era el marco vital de esa cultura, su condición de posibilidad y su fuente de inspiración. Para el hombre griego, el ámbito político era el ámbito de lo propiamente humano, y la vida política –la forma de vida que tenía lugar dentro de la *polis*– era la vida verdaderamente humana. Era lógico, por tanto, que muy pronto la filosofía dirigiese su atención hacia la vida política, es decir, que se convirtiese en objeto de la reflexión filosófica el marco vital en el que la misma filosofía había surgido. Comprender al ser humano, entender su vivir y su actuar, era comprender la vida política, la realidad vital que la *polis* constituía. La filosofía de las cosas humanas era, esencialmente, filosofía política.

Como todo conocimiento humano, la filosofía política partía de la experiencia. Esta experiencia no era otra que la experiencia de la vida en la *polis*. Sobre esta experiencia la filosofía política reflexionaba buscando la comprensión profunda, la intelección de la realidad que asomaba en esa experiencia. Esto significa que la filosofía política no consistía en una mera prolongación de las conclusiones de otros saberes filosóficos –la metafísica, por ejemplo–, ni en una simple aplicación de estos saberes al «caso» de la vida política. Aunque contase, lógicamente, con los recursos conceptuales proporcionados por la filosofía fundamental, la filosofía política no era un mero desarrollo de la anterior, pues tenía su propio punto de partida en una experiencia específica –una experiencia que no es la simple experiencia del ser, de que las cosas son–, y en el análisis de esta experiencia era donde la filosofía política encontraba sus propios principios. La filosofía política no se deducía de la metafísica, ya que una experiencia nunca se deduce a partir de otra.

La filosofía política clásica era, pues, la reflexión racional sobre una forma de vida concreta y real, sobre un *ethos*, institución o molde vital, determinado y

peculiar, que constituía la experiencia fundamental que el hombre griego tenía de sí mismo, de lo humano. La filosofía política era la filosofía de la *polis*, de lo que tenía lugar en el seno de esta institución, de lo que caracterizaba el modo de vivir que se gestaba dentro de ella. El pensamiento político griego no prestó atención a otras formas de organización social, por muy extendidas que estuvieran en los demás pueblos y culturas, y por mucho que aventajaran a la *polis* en poder y riqueza. El hombre griego no solo no tenía experiencia de esas otras formas sociales, sino que, además, estaba convencido de que la vida política, la vida en la *polis*, era la forma de vida auténticamente humana.

En el mundo moderno, la filosofía política va dejando de ser la filosofía de la *polis*, la comprensión de un *ethos* o forma de vida, y se convierte poco a poco en el análisis de un fenómeno o factor social: el poder. Lo político ya no significa lo referente a un género de vida o comunidad, sino solo lo relativo a un instrumento potencialmente presente en cualquier actividad: el poder. Esta reducción de la filosofía política a simple ciencia sobre el poder es la consecuencia del modo de tratar la realidad social por parte del pensamiento moderno. La sociedad es considerada como una pluralidad de dimensiones o esferas de actividad autónomas, cada una de las cuales constituye la materia de una ciencia correspondiente, igualmente autónoma. La esfera política, distinguida de las demás, y excluyendo de ella el contenido de cualquier otra, queda reducida a ser la esfera del ejercicio del poder, y el estudio de este pasa a ser el cometido único de la filosofía política.

En esta visión, la sociedad deja de aparecer como un todo vital y orgánico, y se presenta más bien como un ensamblaje mecánico, cuyas piezas pueden ser contempladas y estudiadas aisladamente. En el mundo antiguo, el derecho, la ética, la economía, etc., constituían diversos aspectos de una misma experiencia y de un mismo vivir: la experiencia y la vida de la *polis*. Por esto, la comprensión racional de esas realidades solo podía consistir en una parte de la comprensión integral del *ethos* político. En cambio, en el mundo moderno, esas realidades son presentadas como fenómenos independientes, dotadas de una lógica propia y, por lo tanto, supuestamente comprensibles de manera aislada, es decir, sin necesidad de contemplarlas integradas en el conjunto del vivir político.

Este planteamiento ha llevado, lógicamente, a un considerable descuido de la reflexión política. La supuesta autosuficiencia racional de la ética, el derecho, la economía, etc., y la reducción de lo político al estrecho campo del poder, constituyen ciertamente, una invitación a desentenderse del saber político. Para no pocos, incluso, es más que cuestionable la posibilidad de que exista un saber político, de que lo político sea objeto de una reflexión racional. Se considera lo político como algo carente de racionalidad y verdad, como algo de lo que no cabe saber o ignorar, y la misma expresión «filosofía política» resulta más bien desconcertante y paradójica.

Para recuperar la conciencia del valor de lo político, y de la posibilidad y trascendencia de su conocimiento racional, es preciso desandar en buena medida

lo andado, y volver a entender que la realidad política no es un elemento más de la estructura y dinámica sociales, sino que es la misma realidad de la *polis*, la misma realidad de una forma social determinada, considerada como un todo. Comprender a fondo esta forma social, este género de vida colectiva no solo es posible, sino que es, además, necesario para llegar a comprender acabadamente las realidades humanas que se dan dentro de ella. De la verdad y racionalidad políticas dependerán la verdad y la racionalidad de las actividades, funciones y relaciones que formen parte de la vida política, ya que, aunque quepa una consideración abstracta y absoluta de estas realidades –analizándolas en sí mismas y aisladamente–, el sentido pleno de ellas solo se alcanza cuando se las considera en su condición verdaderamente práctica, es decir, en su condición de acción o praxis concreta que es parte y determinación de una praxis global: una forma de vida.

Ciertamente, la verdad política carece de la exactitud y certeza de la verdad matemática. Así ocurre con todo saber práctico, con todo conocimiento que versa sobre lo que es praxis, acción humana. La posibilidad de certeza y precisión de un saber es inversamente proporcional a la complejidad de su objeto. Lo genuinamente humano, el vivir y obrar del hombre es, posiblemente, lo más complejo que se presenta a nuestra razón, y la vida y la acción humanas son tanto más complejas cuanto más abarcante e integrador es su marco de referencia.

Pero esto no significa que no exista verdad sobre lo político, y sobre lo práctico en general. El conocimiento no deja de ser tal por carecer de la exactitud propia de un tipo particular de conocimiento. La verdad no deja de ser verdad por no ser una verdad apodíctica. Como ya advertía Aristóteles, lo razonable, lo conforme con la realidad es no buscar en todo saber el mismo grado de rigor. No admitir más verdad que la verdad científica o matemática es un reduccionismo completamente infundado, es una postura racionalista en lo epistemológico, que conduce a una postura sofística en lo político: a postular que la política no es campo de la razón, sino solo de la pura y gratuita voluntad.

Es un hecho que discutimos sobre asuntos políticos, que defendemos y rechazamos decisiones políticas; y esto lo hacemos intentando dar razones, argumentos, y esperando recibirlos de los demás: lo hacemos sin admitir que una medida política –propia o ajena– no tenga otra base que un puro voluntarismo. El debate político solo es posible, solo tiene sentido sobre la asunción de que cabe racionalidad en esta materia. Pero no es este el único supuesto de la discusión política. Cuando argumentamos sobre cuestiones políticas, lo hacemos a partir de una concepción implícita de lo político. No bastan las ideas sobre otras materias para guiar nuestro razonamiento político. Solo desde una determinada concepción de lo político es posible discriminar los argumentos políticos como válidos o inválidos, como correctos o incorrectos. Los argumentos que utilizamos, las razones que seleccionamos como válidas y probatorias suponen necesariamente un modo de estar entendiendo la realidad política.

Es preciso hacer explícita la concepción de lo político que se encuentra sujeta en nuestra argumentación, y proceder a analizarla racionalmente y a com-

probar su validez. Solo de esta manera podemos estar en condiciones de elaborar con solvencia nuestros razonamientos políticos. Esta tarea es la tarea de la filosofía política. Solo si es posible una reflexión crítica y racional sobre lo político, será también posible la existencia de argumentos políticos que no se apoyen meramente en una posición previa de la voluntad. Solo si es posible la filosofía política –y si la practicamos efectivamente– será posible superar la mera ideología.

Reflexionamos sobre lo político para comprender esta realidad, para entender acabadamente qué es la vida política, qué hacemos exactamente al compartir este género de vida, al participar de la actividad política. En esta comprensión, se nos hace patente la auténtica racionalidad política. A la luz de aquello en lo que consiste realmente nuestro vivir político, de aquello sobre lo que versan nuestras acciones y decisiones políticas, podemos discernir qué razones son auténticas razones políticas, es decir, qué tipo de razones afectan legítimamente a esa clase de acciones y decisiones.

Con frecuencia, el lenguaje que utilizamos para hablar de lo político nos oculta la realidad que pretendemos estar expresando. Los términos pueden ser engañosos e impedirnos reconocer lo que realmente está ocurriendo en la vida política, y lo que realmente estamos haciendo con nuestras acciones políticas. El lenguaje político nunca es neutral, pues es siempre deudor de una determinada concepción política, de la que emana como expresión característica. Atenernos acríticamente a un determinado lenguaje político equivale a depender de una concepción política de la que quizá no somos conscientes. Por el contrario, reflexionar sobre la realidad política comporta, necesariamente, llevar a cabo una crítica del lenguaje político. La filosofía política se ordena también a proporcionarnos términos que reflejen fielmente la realidad política y nos faciliten verdaderamente el acceso a ella. Disponer de estos términos es condición necesaria para la formulación de argumentos que de veras recojan aspectos reales de lo político. Un lenguaje político veraz es condición para que sea posible un diálogo político auténtico.

No es función de la filosofía política proporcionar soluciones concretas, indicar objetivos políticos determinados. La acción real y concreta, aquí y ahora, solo puede proceder de la prudencia. La reflexión filosófica sobre lo político se ordena a iluminar, a dar mayor fundamento y seguridad a nuestra tarea práctica, prudencial, de deliberar y tomar decisiones políticas en las circunstancias concretas de cada momento. La filosofía política es *filosofía*, es decir, teoría, y de la teoría nunca puede proceder la respuesta acabada a un problema práctico, la decisión. La filosofía política no puede suplantar a la prudencia política; solo puede –esa es su misión– favorecerla y potenciarla. Por esto, no tendría sentido que cultivásemos la primera con la intención de eximirnos del esfuerzo por adquirir la segunda. En el fondo, el saber político completo y actual, la competencia en el juicio político y en la acción política, solo reside en la prudencia política.

Por esta razón, cuando una teoría política se nos presenta como poseedora de la clave definitiva de lo que hay que hacer políticamente, cuando pretende pro-

porcionarnos la pauta inmediata de nuestra acción, podemos estar seguros de que no se trata de una auténtica teoría o filosofía política, sino de una ideología: un pensamiento que se origina desde el compromiso con un objetivo político particular y que no es sometido a crítica racional. Una «teoría» que marca directamente un objetivo concreto no es más que un pensamiento estratégico, que teoriza cómo alcanzar ese objetivo, previamente propuesto.